

HOMENAJE A DON EDUARDO DE LA BARRA *

ALLAN BROWNE ESCOBAR **

Antes de tratar otro asunto, debería yo explicarles la razón de mi presencia en el presente acto en que instalamos una imagen de don Eduardo de la Barra en esta sala de Primer año de la Escuela de Derecho.

El motivo es que yo soy el autor de este retrato y el profesor Antonio Pedrals ha tenido la gentileza de invitarme a decir algunas palabras en relación a don Eduardo de la Barra.

Primero que todo, debo decirles que yo no soy pintor. Soy diseñador gráfico y profesor de la Escuela de Diseño de esta Universidad. Debo agregar además, que no considero esta obra una pintura, sino más bien una ilustración, una visualización de una persona de la que casi carecíamos de documentos visuales y de evidencias de su aspecto físico.

¿Pero, quién fue don Eduardo y qué relación ha tenido con nosotros?

Los porteños lo conocemos por el Liceo que lleva su nombre y en verdad esa fue su obra maestra, pero ¿qué otros vínculos nos unen a su figura?

* Discurso pronunciado con ocasión de la inauguración del Retrato de don Eduardo de la Barra, en la Escuela de Derecho de la Universidad de Valparaíso, el 2 de agosto de 1993.

** Profesor de la Escuela de Diseño de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Valparaíso.

Pienso que en vez de haber pintado este retrato con influencias de la pintura veneciana —¿ven esa ventana...?— o por los trazos luminosos del impresionismo debí haberlo hecho con las características del cubismo de Picasso y de Braque: varias miradas, varias narices, varias orejas y varias lenguas...

Porque la palabra que define al gran profesor es: polifacético. Hombre de una versatilidad asombrosa, capaz —en un aspecto— de vibrar con los fulgores de la poesía y las artes y en otro sentido poseer el rigor Científico; a la vez que la capacidad de gestión —diríamos hoy— de un hombre de empresa.

Curiosamente su profesión formal fue la ingeniería, pero sus conocimientos fueron enciclopédicos y su curiosidad intelectual abarcaba un universo de conocimientos.

Ingeniero, matemático, escritor en prosa y en verso; investigador y ensayista sobre temas morales, literarios y políticos; gran polemista defensor de la democracia, del libre examen, profesor de castellano, historia y matemáticas... , es decir, una infinidad de saberes.

Pero si bien es cierto que don Eduardo dispersó generosamente su talento, como buen pionero que debe construirlo todo de la nada, él se entrega a una actividad constante que ordena su vida y que estructura su obra. Esta actividad es la *Pedagogía*.

Don Eduardo no fue un pedagogo de "castillo de marfil", sino que maestro que trasciende las aulas y se proyecta en la sociedad de su tiempo, motivando a los talentos jóvenes, aglutinando grupos de estudios, creando climas creativos. En dos palabras, don Eduardo fue, lo que hoy llamaríamos un auténtico animador cultural.

A este "hombre del retrato", mucho le debe la sociedad porteña del siglo pasado y por añadidura, mucho le debemos nosotros.

Ya lo hemos dicho, su obra maestra fue el Liceo y precisamente en el seno de este Liceo, don Eduardo proyecta una creación que tiene un vínculo con nosotros, alumnos y profesores de la Universidad de Valparaíso.

Siendo ya Rector en 1878, crea junto con un grupo de personalidades locales el Curso de Leyes, que es virtualmente el primer antecedente de esta Escuela de Derecho, situando a la vez, la Semilla Regional de esta Universidad en el siglo pasado.

Otro capítulo de la vida de don Eduardo, que no podemos olvidar, es su amistad con Rubén Darío.

El gran poeta nicaragüense llega joven y desconocido al Valparaíso de 1886. Con buen ojo de maestro, don Eduardo descubre en este hombre moreno, modesto, introvertido, la chispa del genio.

Lo acoge en sus grupos literarios, le da calor en su hogar, le ofrece ese clima docente donde fructifica el talento, lo introduce en su actualizada biblioteca y lo impulsa a publicar.

El fruto de esta relación es el libro "Azul", que es editado en 1888 en Valparaíso y cuya primera edición lleva el prólogo del propio don Eduardo de la Barra.

Está demás abundar respecto a la importancia de esta obra de Darío, que hoy es un libro clave de nuestro idioma. Este libro, que a decir de don Eduardo, "todo lo amalgama y lo funde", inicia el modernismo y transforma la lengua castellana tanto de América como de España en un instrumento renovado de expresión poética.

Neruda dirá que "Rubén nos enseñó a hablar a los indoamericanos". Los grandes poetas españoles del momento reconocen su influencia. Estamos hablando —nada menos— que de Antonio y Manuel Machado, Juan Ramón Jiménez y de Federico García Lorca, entre otros.

Y ya que inauguramos un retrato, veamos esta genial semblanza verbal que hace Rubén Darío de nuestro profesor porteño:

"Al pasar por Valparaíso, había tenido oportunidad de ser presentado a Eduardo de la Barra: le había visto, blanca la cabeza, los ojos brillantes y dominadores, el cuerpo un tanto pequeño y regordete como el de Bonaparte, del pintor Meissonier; la palabra alada y franca, incisiva como una flecha a veces y a veces sedosa y aterciopelada. Le había visto en dos ocasiones, una en su casa, frente al Parque Municipal, casa modesta para poeta tan aristocrático en gusto. . . y otra en su oficina de Rector del Liceo porteño. Había comprendido la fuerza espiritual de aquel hombre".

Don Eduardo, desde su cargo de Rector, reúne a gente de primer nivel. Observemos, por tomar un ejemplo, el ámbito de la plástica:

Juan Francisco González, uno de los más grandes pintores chilenos, sino el primero. Profesor de dibujo del Liceo y autor de un retrato al óleo de don Eduardo —que no se ha podido ubicar— y que alguna vez deberíamos rescatar.

Alfredo Helsby, autor de la niña del aro, esa encantadora adolescente que juega en el paseo Atkinson, uno de los símbolos memorables de Valparaíso.

Alfredo Valenzuela Puelma, autor de uno de los más hermosos desnudos pintados en Chile, la "Perla del Mercader".

Todos ellos de primera categoría y como Rubén, acogidos en la tertulia cálida de don Eduardo. Positiva relación con el dueño de casa; fructífera interacción entre ellos.

La gran pregunta es ¿por qué un hombre que es capaz de provocar el desarrollo de quienes lo rodean, un hombre tan fecundo en ese magisterio de la amistad cotidiana, se halla hoy día tan olvidado?

La respuesta es simple: don Eduardo fue víctima de los terremotos políticos que arrecian, de vez en cuando, a nuestro país. Él era partidario del Presidente Balmaceda. Se levantó entonces una revolución contra su gobierno. En 1891 cae Balmaceda, y nuestro Rector debe desterrarse a la Argentina.

En el país hermano, seguirá prodigando su fermento cultural.

Volverá luego a Chile, pronto enfermará y en 1900, y al nacer el siglo, el maestro, el amigo, dejará de existir.

Y para terminar, algo personal.

Además de ser profesor en la Escuela de Diseño, yo trabajo en la Dirección de Extensión y Comunicaciones de nuestra Universidad. Cuando hace algún tiempo y por indicación del Rector comenzábamos a reflexionar sobre nuestra Imagen Corporativa, nos preguntamos, ¿a quién podemos situar, junto a don Andrés Bello como figura tutelar de la Universidad en el ámbito regional? Y no dudamos un segundo en adoptar a la figura de don Eduardo, reafirmando una idea del profesor Antonio Pedrals, que en un libro publicado hace ya más de una década expresaba: "Don Eduardo de la Barra, hombre poliédrico y ejemplar, es uno de los lares de la Escuela de Derecho y de la Universidad de Valparaíso, con él marchamos".

Observando el modesto retrato que he hecho para fomentar el recuerdo de este gran hombre (no hablemos de sus debilidades, técnicas o plásticas, hablemos de lo positivo del cuadro...), lo que a primera vista me agrada es la composición: el educador situado frente a su época. Este puerto febril y laborioso de fines de siglo que se vislumbra y adivina a través de esa pequeña ventana veneciana.

Luego me encanta la mirada del maestro, una mirada inteligente, sensible y solícita.

Solicitud, pienso, de don Eduardo, para dar respuesta generosa a todas las necesidades culturales que él percibía, agudamente, en la sociedad de su época.

Eso es todo. Gracias.